

EL PROFESOR Elías C., a quien se le había enmarañado su explicación del concepto aristotélico de virtud, explicación que sin embargo sus alumnos fingían atender por desidia o por cortesía no desprovista de indiferencia, dio por concluida la clase tan pronto sonó el timbre. Era la última clase del día y la veintena escasa de alumnos se apresuró a recoger carpetas y mochilas y a desvanecerse entre palabras ininteligibles. Pronto quedó a solas y pudo ordenar con calma sus papeles. No olvidó anotar en un cuadernillo el punto en que se había interrumpido su lección y al colocarlo todo en su cartera recordó que debía apresurarse. El aula se hallaba en la segunda planta del pabellón más alejado del complejo escolar. Había que cerrar, bajar las escaleras y entregar la llave al conserje, quien invariablemente lo aguardaba en el vestíbulo desierto. Tras despedirse, y no sin antes percibir en las palabras habituales del conserje un tono deliberadamente oscurecido cuyo verdadero significado nunca acertaba a

sorprender, salió del pabellón y, con urgencia, se apresó a bajar las escaleras que daban a una terraza desde la que descendía un nuevo tramo de escaleras. Rodeó el módulo de talleres y al doblar la esquina comprobó aliviado que no habían cerrado la puerta de acceso al edificio principal. Con todo, aún restaba medio centenar de metros pero le era posible avisar, en caso necesario, de su presencia rezagada. “Como un buque”, solía pensar en este punto. “Como un buque que naufraga. Así abandonan las ratas el barco que se hunde ya sin remedio”. Y a continuación se arrepentía de sus palabras, como si alguien las hubiera oído y debiera ensayar una disculpa. La metáfora de las ratas, aplicada a sus alumnos, era cuando menos, y sin que pudiera decirse por la palabra justa, inapropiada o inmerecida. Pero cuando destinaba la metáfora a sus colegas un inequívoco silencio se atrincheraba en su mente. Percibía cómo cierta deriva involuntaria se adueñaba del curso de sus pensamientos, que se adentraban en regiones más elevadas desde las que era posible contemplar cómo el naufragio se degradaba, transformándose en un episodio insignificante, cuya óptica volvía invisibles las ratas y reducía despiadadamente el barco a un punto inapreciable en la vastedad del océano. El profesor temió la deriva de sus pensamientos y, al llegar al edificio principal, tras cruzar un puentecillo que desembocaba en el portal, reunió, como un pastor prudente, los rebaños dispersos.

Una galería condujo sus pasos hasta las escaleras, que bajó sin prisas, peldaño a peldaño, sometiéndose de buen grado a la disciplina de alternar obedientes las piernas, porque tal vez, pensó, no es posible otra cosa, es vano resistirse a la función de unas escaleras, es forzoso una vez en ellas aceptar el juego que imponen y dejarse hacer, y escuchar con indolencia embelesada el traqueteo de los pasos, que se reconocen propios pero a la vez ajenos, y a la vez acompasados con tristeza de rutinas que no cabe evitar, porque detenerse aquí, pensaba, es absurdo, un absurdo no menor que el de la docilidad indetenible de las piernas. Nadie pudo observar al profesor Elías C. dirigirse a la salida a través del largo corredor sombrío. El conserje auxiliar debía de hallarse cerrando algún aula remota que por descuido algún profesor habría dejado abierta. De modo que a Elías C. se le concedió abandonar el edificio sin cruzarse con nadie. Mientras bajaba la escalinata, reconfortado por el intenso baño de luz, no quiso negarse el placer de inspirar el aire del mediodía. Con ánimo entero desembocó en la calle, donde algunos alumnos, que no evitaron saludarlo, formaban aún corrillos que se deshacían a su paso.

El profesor Elías C. bajó por la calle hasta alcanzar la travesía del pueblo, que cruzó para tomar el viejo camino vecinal. Elías C. vivía a las afueras del pueblo, en una modesta casa de campo. A diario recorría a pie el millar de metros que lo separaba del instituto. Al

principio, cuando cinco años antes había tomado posesión de su plaza, la tarea de dirigirse a pie a su trabajo se le impuso como una carga grave, especialmente a la ida, a causa del desnivel del camino, que lo forzaba a hacer frecuentes altos y a ensayar una suerte de marcha zigzagueante. El camino de regreso, en apariencia menos penoso, no estaba tampoco exento de incomodidades, pues las rodillas y los muslos se resentían con el trabajo de refrenar el paso. Sin embargo, en cuanto pudo habituarse, halló en aquel camino una fuente insospechada de placeres y descubrimientos.

El profesor Elías C. vivía solo y por las tardes, cuando la corrección de ejercicios no lo impedía, se dedicaba a sus obligaciones domésticas y al cuidado de su jardín. Desde joven cultivaba la literatura y a sus treinta y cinco años, sin haber escrito aún una sola obra de mérito, combatía a diario sus fantasmas sometiendo a una disciplina en la que ahogaba los estertores de una fe casi perdida. Cada día se levantaba a las cuatro y media de la madrugada y durante tres horas se afanaba en pergeñar sus ideas y coleccionar anotaciones en cuadernos de los que rara vez surgía algún texto aceptable, destinado invariablemente a sucumbir al destino de reescrituras y correcciones infinitas. Cuando, al amanecer, se dirigía al instituto, el camino tenía la virtud de ofrecerse, las contadas ocasiones en que se recreaba con satisfacción en alguna línea escrita en las horas previas, como una vía ascética, un purgatorio de

la vanidad. Lo común era, sin embargo, sorprenderle en el camino masticando el amargo pan del fracaso. La dificultad del camino lo volvía humilde y aceptaba resignado el esfuerzo físico de subir la cuesta como una lección que invitaba a no detenerse, a perseverar en el seno de la desesperanza. El camino de regreso, por el contrario, lo predisponía a la reflexión. Elías C., tras concluir su jornada de trabajo, extenuado por el tedio de una rutina raras veces edificante, caminaba con el aire distraído de quien se abandona a sus pensamientos y permite que se deshagan y concierten sin orden. Al profesor le eran especialmente gratos esos momentos de abandono en que percibía cómo su cuerpo se desplazaba sin resistencia mientras las piernas hacían su oficio con regularidad mecánica. Esa autonomía del cuerpo concedía el placer de ver, la fiesta sensitiva de ver la piel del mundo; también, el gozo de contemplar el discurrir de sus ideas en diálogo con las imágenes que sus ojos le ofrecían a cada paso. Y esas imágenes lo remitían con una frecuencia cada vez mayor a su vida pasada, le sugerían pensamientos que evaluaban sus pasos, no los físicos, los que le acercaban de regreso a casa, sino aquellos que había dado en la vida hasta llegar a ese *mezzo del cammin* en que todo hombre se impone a sí mismo la tarea de juzgarse.

EL ANTIGUO camino vecinal, al que se accede desde la travesía descendiendo un tramo de escaleras de pel-

daños toscos, discurre asfixiado entre casas no menos vulgares. Es posible que tras alguna puerta se asome, cuando el caminante ha descuidado ensordecer sus pasos, la previsible sombra de una cabeza que cabe saludar sin entusiasmo, casi por descuido, al dictado de una regla de cortesía no escrita, gratuita y elemental, que, por razones inescrutables, podrá no ser correspondida.

Algunos metros más abajo, el camino respira aliviado. Las casas se dispersan y las huertas se adueñan del paisaje. El camino no es muy ancho, apenas permite el paso de dos personas cogidas estrechamente del brazo. Es un camino trazado para las idas y venidas de los campesinos y sus bestias de carga. El empedrado se conserva intacto en algunos trechos; en muchos otros se aprecian las huellas de un deterioro que alguna mano poco escrupulosa ha reparado con cemento. A Elías C. le disgustan estos arreglos. Observa en ellos la mezquindad, el atropello de la fealdad deliberada. No puede evitar que sus ojos se demoren, ofendidos, con fatalidad inexplicable, en esos remiendos groseros que se le imponen a cada paso.

La irregularidad del empedrado hace difícil desviar la mirada de los pies. Elevar los ojos para contemplar las huertas, el vuelo de un cernícalo o el azul del mar lo obligaría a detener su marcha. Por experiencia sabe que un espíritu contemplativo se aviene mal con los pies cuando se transita por caminos irregulares. Algún

tropiezo le ha aconsejado no apartar la mirada del suelo. Y a detenerse cuando sus ojos reciben la llamada de la luz, de alguna verdad, de un acontecimiento. Elías C. concentra su espíritu, se asombra y, conmovido, toma a veces su cuadernillo y anota en él unas líneas.

Mientras camina, el profesor acostumbra a seguir su sombra. Marcha hacia el oriente, y el sol de la primera tarde, a sus espaldas, proyecta ante sí la sombra de su cuerpo como un enigma, como algo que el camino propone para ser examinado, como un signo tal vez descifrable, o una interrogación.

Schopenhauer, recuerda haber leído Elías C., menciona un dibujo de Tischbein en el que aparece un hombre sin camisa frente a una chimenea. El hogar ilumina una habitación vacía. La sombra del sujeto comienza a sus pies y se alarga sobre toda la estancia. El propio Tischbein describe al hombre como un perfecto fracasado que se alegra de poder proyectar una sombra tan grande. El comentario, cáustico, despiadado, le parecía al profesor Elías C. destinado no a otro que a sí mismo. Y cuando las palabras de Tischbein venían a su mente al contemplar su sombra extendida ante sí en el camino, se sorprendía de que no lo enojaran. Al contrario, hallaba justas las palabras. Lo herían, sin duda, pero la herida hacía manar de él un sentimiento sosegado que era a medias humildad y a medias aceptación de su destino, del lugar que pare-

cía destinado a ocupar en el mundo. Y esa consciencia de la insignificancia de la huella de sus pasos, motivada por la contemplación de su propia sombra y por las palabras de Tischbein, hacía nacer en el alma del profesor Elías C. un sentimiento de profunda piedad por sí mismo. Alguna vez sentía que la fuerza de ese sentimiento lo abandonaba. Entonces su sombra postrada fielmente ante sus pies, amenazada a cada paso, despertaba en él sentimientos turbios. Creía ver en ella la sombra de un extraño que parecía reírse de él mismo. En la risa fría de aquella sombra podía escuchar, *in crescendo*, los acordes de un desprecio incontenible. A veces, esa sombra enajenada le imponía reflexiones penosas. La sombra, pensaba, no es la proyectada por el cuerpo de mi yo más íntimo; antes bien, es la sombra de una máscara, la sombra de rostros bajo los que se ha ocultado mi yo, los rasgos de un rostro que no podía ser el mío verdadero, sino la sombra de un rostro, la del profesor Elías C., sombra, ficción sedimentada, tejida por los otros. Y la sospecha de que bajo las capas alquitranadas del profesor Elías C. podría no haber más que vacío lo perturbaba. Pirandello, se decía, había explorado en una novela esta *terra incognita*. Mattias Pascal, tras su fingida muerte, se reinventa a sí mismo. Pero bajo el nuevo rostro de Adriano Meis no tardará en descubrir, horrorizado, que la ansiada libertad de su yo más íntimo sigue siendo inalcanzable, y que el yo íntimo no puede liberarse de los rostros que

los otros le imponen. Hay un pasaje en la novela, recuerda bien Elías C. mientras retiene ligeramente el paso ante su sombra en el camino, un pasaje que lo hermanaba con el protagonista. El pasaje narra el episodio en que Adriano Meis expone su sombra, que no era en verdad la suya sino la del anónimo ahogado de La Cabaña, al paso recio de un carro, y siente el desesperado deleite de mantenerse allí firme para que los cascos del caballo, luego las ruedas, los pies de los viandantes, las patas de los perros aplastasen aquella cabeza, el corazón, la nuca que él, Adriano Meis, no podía pisar ni tampoco abandonar por más que corriera y huyera de aquella sombra que nunca había dejado de ser él mismo.

HABÍA ANOTADO, dos años antes, en su diario: “Escribir algo sobre las ñameras, esos seres-rostros, esos enigmas vivientes. Tal vez una *suite*, un ensayo, un poema. *Lección de ñameras*. Las ñameras al sol del mediodía, bajo el sol, en el sol, el sol mismo. Las ñameras bajo la lluvia, bajo la luz de días nublados. Las ñameras en reposo, en la calma de las siestas. Las ñameras metafísicas. También las ñameras góticas, terribles, sacudidas por vientos tormentosos. Presagios. Signos”.

LAS HUERTAS descienden en terrazas a lo largo y ancho de la ladera. Son huertas pequeñas y fragmentan el paisaje en una monótona sucesión escalonada de verdor. Un mar abierto, inabarcable, se extiende a

los pies de la isla. El mar es azul, bajo un cielo limpio y sin nubes. Es mediodía.

Un camino empedrado serpentea entre las huertas, pasa junto a unas casas y se pierde más abajo. Las casas son minúsculas, viejas casas de campesinos con tejados a cuatro aguas, de una sola planta y muros de mampostería. Hay también alguna vivienda de fábrica nueva, de unas dos plantas, en cuya azotea se ha tendido una colada al sol, que el aire no mueve. Estas viviendas, plantadas sin gracia entre las huertas, con la insolencia de sus formas cúbicas, se hermanan mal con sus venerables vecinas, de altura más humilde, agazapadas junto al camino, humilladas como para vencer mejor la intemperie. Junto a las casas, hay huertos con verduras y algún frutal. Crecen también rosales, unos crotons, alguna estrelitzia, plantados casi al azar, con mano negligente, sin intención de ajardinar una huerta, sino porque entre un naranjo y una papayera se creyó posible conceder un lugar a lo incomedible.

Alguien baja por el camino. Un hombre joven. Marcha con la vista baja, como deteniéndose en las irregularidades del piso con aire a la vez descuidado y escrupuloso. Viste pantalón de pana y chaqueta, que trae doblada en un brazo, y lleva asido un maletín de cuero algo abultado. El hombre es alto, ancho de hombros y delgado. Al aproximarse se distinguen mejor sus rasgos. El cabello es oscuro; la barba, corta y escasa. Tras las gafas, la mirada parece ausente, distraída, como si

sus ojos estuvieran habituados a contemplar la intimidad de otro paisaje extendido adentro, bajo su piel. Con paso firme desciende. Se le ve, ya de espaldas, alejarse, mientras balancea ligeramente su cartera. Dobra un recodo del camino y desaparece.

LA NEGACIÓN de todo consuelo como criterio de verdad. En consecuencia: toda verdad consoladora es falaz. Pero quien ama la verdad está dispuesto al horror, acepta el horror.

*

¡Necesito creer!, clama el desesperado. Y si esa creencia hace posible la felicidad, es decir, hace soportable la vida, ¿no es ésta una razón poderosa para aceptar esa fe? ¿Qué importa el engaño si hace posible una vida razonablemente feliz? Pero no me es posible esa fe. No puedo aceptarla, precisamente porque consuela, porque yo quiero que me consuele, porque yo necesito ese consuelo.

LOS NIÑOS bajan en tropel por la pista de tierra. Algunos atajan saltando los muros de piedra de las huertas. Llegan al fin, exhaustos, al lagar abandonado, y un silencio tejido de jadeos los envuelve. Algunos muchachos espían los rostros de sus compañeros, como si trataran de desvelar el significado de aquella carrera atro-

pellada. De pronto, una de las niñas se pone en pie al borde del lagar y, señalando el horizonte, exclama: “¡El sol de los muertos!”. Todos contemplan en silencio el sol mientras se oculta tras unas nubes, sobre el océano. Y el silencio que ahora envuelve sus rostros enrojecidos se ha convertido en una sustancia densa que los inmoviliza. Uno de los niños percibe al instante la singularidad de aquella hora. Afloran en él sentimientos inexpresables, a medias una melancolía que ahoga, a medias una piedad de sí mismo y de quienes lo rodean, también cierta intuición de un misterio que no acierta a traducir en palabras pero que le muestra un camino, otros horizontes.

EL CAMINO deja atrás las casas. Elías C., al doblar un recodo, pasa junto a una extensa huerta que se prodiga en bancales en una suave depresión del terreno. El camino rodea la huerta y Elías C. aprecia ese punto del camino. La fealdad de las casas, las groseras reparaciones del piso del camino ceden ahora su espacio a unas manos menos descuidadas. En aquellas huertas no hay el menor rastro de fealdad. En la simplicidad con que las manos de los campesinos se han adaptado a los accidentes del terreno cree apreciar Elías C. la sabiduría del hombre próximo a la tierra. En esta ocasión, el profesor ha detenido el paso y contempla las huertas a gusto. Las ñameras se extienden ante sí como un oasis

en medio de las plataneras. Hoy no hace viento. Ni la menor brisa mueve las gigantescas hojas acorazonadas. El sol del mediodía cae de pleno sobre la plantación y aquella quietud radiante muestra a sus ojos un cuadro nuevo. Elías C. ha observado a las ñameras agitadas por el viento, o sombrías bajo cielos plomizos, o bajo la lluvia. Y cada una de esas impresiones lo asombraba. Admiraba la variedad de rostros que podían mostrar aquellos seres silenciosos y pacientes. Y sospechaba que la vida en ellos trascendía los límites de la vida vegetal, como si se adentraran en el reino de la consciencia y el pensamiento. Hoy comprueba, extasiado, la perfecta inmovilidad de las hojas, heridas por una luz implacable. Comprueba hoy, igualmente, que las ñameras le revelan un rostro hasta ahora desconocido. Elías C. abre su cartera y extrae un cuadernillo en el que anota unas líneas. Lo guarda y al reanudar el camino deja atrás la plantación. El sendero vuelve a estrecharse y desciende, pedregoso, entre huertas de plataneras. El sol incendia las piedras del camino y el polvo ligero que levantan los pies del joven profesor queda como suspendido, como si aquella luz hiriente impidiera al polvo el regreso a las piedras. Entonces percibió Elías C. el silencio que se refugia en los huertos, un silencio que no osa perturbar el polvo al caer de nuevo a tierra. Un silencio denso, de mediodías serenos, sin brisa, un silencio vegetal, primigenio que hace audible la propia respiración, los pasos. El profesor se

siente ajeno a ese mundo silencioso y en apariencia estático y, sin embargo, vivo. Pero a su paso, huyen desesperados los lagartos, gruesos, grises y parduzcos. Algunos, inmóviles, lo observan desde las oquedades de las paredes. Apenas asoman la cabeza. Sus ojos, pequeños puntos de un brillo siniestro. La mirada en apariencia afable de un perro oculta esa misma condición. Algunas veces el profesor ha sufrido esa mirada insoportable en los humanos. Mirada de la que se aparta porque presiente que en sus ojos se abisman peligros que no acierta a concebir. Ahora se descubre confesándose ese pavor como si nunca antes hubiera tenido oportunidad de advertirlo. Y se admira de que los ojillos de un lagarto temeroso de su presencia le haya evocado personas de miradas siniestras, primitivas, por cuyos ojos le sería difícil adjudicarles un lugar apropiado en la jerarquía de los reinos.

A su paso, un ruido seco, un latigazo, lo devolvió al camino e interrumpió sus cavilaciones. Una forma negra pasó rasante entre los troncos de las plataneras y ante él se elevó con gracia. Reconoció a un mirlo. Al seguirlo con la mirada sus ojos se inundaron de azul. Un azul hiriente, poderoso. Un azul, un mismo azul dividido por el horizonte. Reparó al fin en el mar. Y durante unos segundos dudó si detenerse una vez más a contemplar aquel gigante extendido a los pies de la isla.

UN DORMITORIO. Un piso.

Una cama de matrimonio, dos adolescentes, sus padres.

Una puerta da a un balcón. El muchacho, en pie, ve afuera una avenida. El tráfico es agobiante. Hace sol. Es por la tarde.

El dormitorio es el escenario de una discusión. Todos están agotados. La discusión parece haber durado horas. Se han tomado precauciones. La puerta del dormitorio está cerrada. Los vecinos oyen. Es odioso. Hay luego encuentros en el ascensor, en el zaguán. Saludos. Familias bien avenidas. Familias ejemplares.

Ahora están enjaulados.

El muchacho sigue en pie. La madre está sentada frente a él al borde de la cama. El padre va y viene. Un animal acorralado. Y dice palabras. Palabras razonables. O impotentes. O iracundas. O desesperadas. Palabras que el muchacho corrobora, en pie, junto a la puerta del balcón.

La hermana del muchacho está sentada en el borde de la cama, como la madre. En el borde opuesto. Da la espalda a su madre. Y se muerde las uñas, en silencio. El muchacho lo sabe. El fondo de la habitación lo ocupa por entero un armario de puertas correderas. Las puertas están cubiertas con espejos. Toda la pared del fondo es un espejo. Y la escena de la jaula se multiplica, como una pesadilla. El muchacho, de pie, ve los coches y la gente en la calle. Ve a su madre sentada murmurando

palabras incomprensibles. Pretenden un diálogo con las palabras del padre. Pero es una impresión falsa.

El cuerpo encogido de la madre. El padre va y viene por la habitación con aire disgustado. A veces hay silencios que azotan como palabras. A veces, palabras vacías, inaudibles. Hay momentos en que las palabras y los silencios no se distinguen. El muchacho ve a su padre venir hacia él y ve a su vez su espalda en el espejo. Y al regresar ve su espalda y su rostro. También ve la espalda de la madre. Y la de su hermana. Pero el espejo la delata comiéndose las uñas. Una cría de unos doce años comiéndose las uñas con avidez. Como si royera un hueso. Una hambrienta.

El muchacho se ve a sí mismo, ante el espejo. Lo ilumina, lateralmente, la luz de la calle. Podría calcularsele unos catorce años.

Nadie recuerda el motivo de la discusión. Nadie sabe detenerla.

El muchacho suda mucho por las axilas. Por las manos.

El aire es de plomo, irrespirable.

LOS NIÑOS han estado cazando lagartos. El sol se derrama sobre la alta pared de piedra. En silencio aguardan la salida de un lagarto. El animalillo saca de su escondrijo, desconfiado, la cabeza. Un minuto o dos se mantiene inmóvil. Los niños se impacientan; cierran los puños. Al fin el lagarto se asoma y tras una

corta carrera se detiene, expectante. Sobre él cae entonces una lluvia de piedras. Rara vez escapan al ataque los lagartos más osados. Caen al suelo, donde pronto los rodea la chiquillería. A veces, el lagarto derribado no ha merecido el privilegio de morir de una pedrada en la cabeza. Se retuerce de dolor en el suelo con el vientre abierto. Y es rematado bajo una lluvia despiadada de piedras.

Pero los niños han agotado ya la gracia del juego y se alejan de la pared. Regresan a la casa de la finca, casi en fila india, y se dan empujones o bromean. Alguno coge una piedra y la lanza contra las plataneras; alardea de proezas poco creíbles pero muchos las corean con risas cantarinas. Dos niños demoran el paso. Van rezagándose. El grupo, que parece haberlos olvidado, se aleja.

Uno es un muchacho de unos catorce o quince años, hijo de los medianeros; el otro, un niño de apenas unos diez años, pariente de los anfitriones, los dueños de la finca. El muchacho cuenta su aventura con una chica, una compañera de la escuela. El tono es deliberadamente misterioso. Es posible que mienta. O que tal vez exagere los detalles. Pero el relato parece, a ojos del niño, creíble. Ya no duda de la veracidad del relato. El muchacho, se convence, no alardea. El tono de sus palabras es el de una confidencia. Se expresa en voz baja. Está describiendo su primer beso. El niño lo escucha asombrado. Han perdido de vista al grupo. Se aden-

tran en unos viñedos, uno sin dejar de hablar, el otro sorbiendo cada una de las palabras. El niño sigue al muchacho, embelesado. Llegan al fondo del huerto. Una frondosa higuera de ramas bajas crece arrimada a la pared. Se ocultan en ella. Es verano. Reciben con agrado la frescura del árbol. Llevan calzones cortos, zapatillas, camisetas. Las pieles están bronceadas; los rostros, encendidos, sudorosos. La confianza ha despertado la curiosidad del niño. Ha oído por primera vez el secreto de bocas que se abren, de lenguas que juguetean, de labios que se sorben, de salivas confundidas... “Pero, ¿a qué sabe un beso?”. El mayor titubea. Explica que no sabe a nada conocido. Dice que no sabe a nada como a limón o a sandía. Que no es un sabor así. El niño lo mira decepcionado. No comprende. Pide nuevos detalles. Los dos callan. El relato los ha excitado, el esfuerzo por precisar los ha abocado al silencio. La respiración es agitada. De pronto, el muchacho atrae hacia sí al niño y le dice, resuelto: “Mira, es así”. El niño se deja hacer. El muchacho abre con sus labios los suyos y su lengua juguetea ávida con la suya. El niño cierra los ojos, no ofrece resistencia. Desea saber, sorprender el misterio. El muchacho deja al fin su boca. El beso ha sido largo y profundo, como el de aquella chica. Así lo asegura el muchacho. Balbucean. El mayor ha desnudado su sexo y se masturba. El niño lo imita. Aguzan el oído. Se cercioran de que las ramas bajas de la higuera los ocultan. La escasa ropa les estorba. Se des-

nudan. Contemplan las vergas ajenas mientras se masturban. El niño admira la de su compañero; le envidia el vello púbico y el glande violáceo que la mano de aquél envuelve y frota. El niño mira con desencanto su polla sin dejar de acariciarla. Es una pollita de niño, desnuda. El prepucio le avergüenza. El muchacho musita cómo había visto en una revista de unos hermanos mayores la foto de una mujer sentada a horcajadas sobre un hombre (“se la follaba, ¿entiendes?, las mujeres también follan puestas encima”). El muchacho cuenta que la mujer sostenía con cada mano las pollas de otros dos hombres arrodillados a ambos lados (“los pajeaba mientras follaba”) y que “la muy puta” aún daba abasto con su boca a una cuarta polla. Los jadeos de los muchachos aumentan; el ritmo de la masturbación se hace frenética. El muchacho se arrodilla ante el niño y le coge la pollita. Le retira con suavidad la piel del prepucio. El niño ve por vez primera a la luz su glande rosado e inocente antes de perderse en la boca de su compañero. El niño cierra los ojos de gusto. Se siente abandonado, sin freno. La intensidad del placer le turba el pensamiento; en el fondo de su conciencia algo lucha por hacerse oír, cierto temor, ciertos escrúpulos; parecen señales turbias, advertencias, pero el deseo arrambla con todo ello. Ya no hay resistencia posible. El placer se ha desbordado. Es incontenible. Pero abre los ojos. Teme que alguien los sorprenda. La desnudez de sus cuerpos, descalzos sobre la tierra, el

roce de las ramas y las hojas sobre la piel, lo enardecen y lo hacen vulnerable. Y esa vulnerabilidad, esa entrega sin defensa posible, ese darse ilimitado, esa esclavitud del placer lo excita aún más. Se turnan. El niño sabe de ese momento. De la inexorabilidad del momento. Y no se detiene. Coge la polla de su compañero y se la introduce en la boca. El niño siente la turgencia y la suavidad del miembro. Se siente torpe con aquel falo llenándole por completo la boca. Chupa arrastrado por fuerzas incontrolables. El muchacho jadea. De pronto se separa de la cabeza del niño. Se hace el silencio. Aguzan el oído. Por precaución acercan sigilosamente las manos a las prendas, revueltas sobre la tierra. Contienen la respiración. Los latidos del corazón parecen romperle el pecho al niño. “Ponte a cuatro patas”, le susurra el muchacho. Obedece. Siente algo duro y suave explorándole el ano. El muchacho presiona un poco y el niño siente cómo centímetro a centímetro, con timidez, con delicadeza, la polla de su amigo va abriéndose paso a paso para luego retirarse un poco y volver a entrar con más decisión. El niño siente al muchacho excitadísimo a su espalda. Las arremetidas son cada vez más intensas. El niño enrojece. Resopla sobre la tierra. Se masturba, al ritmo de las embestidas, que no cesan.

UN DORMITORIO. Un piso.
Atardece.